

SEYMOUR MENTON, *Historia crítica de la novela guatemalteca*. Guatemala, Editorial Universitaria, 1960. 335 págs.

La Universidad de San Carlos de Guatemala publicó para el tercer centenario de la introducción de la imprenta en dicho país una obra que, como la del colombiano Antonio Curcio Altamar (*Evolución de la novela en Colombia*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1957), constituye una valiosa contribución al campo de la literatura hispanoamericana. Su autor, quien actualmente desempeña una cátedra de literatura en la Universidad de Kansas, tuvo la buena fortuna de haber reunido, después de paciente labor, muchos de los 'libros duendes' de la novelística guatemalteca, o sea las novelas perdidas u olvidadas que los críticos frecuentemente habían pasado por alto. Esto permitió al profesor Menton hacer un trabajo de conjunto — no intentado antes en Guatemala — en que la novela nacional se estudia con la debida perspectiva y con fuentes suficientes para seguir la trayectoria completa de su evolución.

Cumpliendo con los propósitos que se expresan en el prólogo, la obra se mantiene siempre dentro de un plano crítico que sigue las líneas generales del desarrollo del género novelesco en Hispanoamérica. Los conceptos críticos son, sin embargo, muy personales, en especial en el análisis literario que se hace en forma científica y objetiva. Los diversos movimientos y tendencias se relacionan también con autores europeos y norteamericanos y con características predominantes de la novelística mundial.

El intento que hace el profesor Menton de subrayar las peculiaridades de la novela guatemalteca en sus diversas etapas, y de omitir datos biográficos innecesarios de los escritores, nos parece bastante acertado. En cuanto a los detalles de argumento, creemos que a veces son demasiado prolijos, a pesar de que el autor oportunamente nos advierte que siendo "para la mayor parte de los lectores de este estudio, muchas de las novelas [...] totalmente desconocidas [...] sería inútil tratar de analizarlas sin antes describirlas" (*Introducción*, pág. 5).

Uno de los aspectos más laudables de la obra es su organización que traza el proceso evolutivo de la novela en Guatemala en capítulos compactos. Cada uno de ellos estudia a fondo la contribución de los escritores de más relieve, agrupando aparte las figuras secundarias. Las siguientes son las divisiones del libro:

*Introducción*, págs. 5-6.

1. *Elementos novelísticos en las obras de Antonio José de Irisarri*, págs. 7-20. — Con argumentos muy convincentes explica aquí el profesor Menton por qué las obras de Irisarri no pueden ser consideradas como verdaderas novelas. Sin quitarle al autor de *El cristiano errante* el honor de haber sido uno de los iniciadores de la prosa de ficción guatemalteca, le asigna, no obstante, una posición de precursor del género en el país.

II. *José Milla, padre de la novela guatemalteca*, págs. 21-66. — Es uno de los capítulos más largos del libro y quizás hubiera podido reducirse un poco. Estudia especialmente la trilogía histórica colonialista del escritor: *La hija del Adelantado*, *Los nazarenos* y *El visitador*, y sus dos libros de transición entre el romanticismo y el realismo: *Memorias de un abogado* e *Historia de un pepe*. La conclusión a que llega el profesor norteamericano es que Milla, quien también escribió cuadros de costumbres y poesías, puede ser considerado como “el primer autor hispanoamericano que cultivó sistemáticamente la novela histórica” (pág. 65).

III. *La novela a fines del siglo XIX: borradores románticos, realistas y naturalistas*, págs. 67-102. — Esta sección trata de obras y autores que participan de una mezcla de tendencias heterogéneas. Reciben mayor atención Ramón A. Salazar, autor de *Conflictos*, una buena novela realista influenciada por Galdós, y Enrique Martínez Sobral, escritor naturalista a lo Zola, cuyas cinco novelas tienen ahora un valor puramente histórico.

IV. *Los modernistas: horizontes ensanchados*, págs. 103-162. — Es el capítulo más extenso de toda la obra y su lectura es algo pesada por la prolijidad de la narración y del comentario de los argumentos. Estudia, sin embargo, algunos de los novelistas guatemaltecos más conocidos en el exterior: Enrique Gómez Carrillo, Máximo Soto Hall, Rafael Arévalo Martínez y César Brañas. Como bien lo anota el catedrático de Kansas, con algunas obras de estos escritores hay cierta dificultad en la clasificación, pues se escapan del marco de la novela. Tal cosa sucede, por ejemplo, con los cuentos sicozoológicos de Rafael Arévalo Martínez. Especial interés merecen en este capítulo los comentarios sobre los libros anti-imperialistas de Máximo Soto Hall, autor que con *El problema* (1899), produjo la primera novela antiyanqui en Hispanoamérica.

V. *La novela criolla: Carlos Wyld Ospina y Flavio Herrera*, págs. 163-194. — En Guatemala — dice el profesor Menton —, igual que en casi todos los otros países hispanoamericanos, “la novela criolla comenzó a delinearse hacia la tercera década de este siglo y se afirmó a partir de 1930-1935” (pág. 167). Aunque no tiene figuras muy destacadas, presenta no obstante dos escritores que señalan respectivamente la orientación hacia el criollismo y el triunfo de los temas terrígenos. Wyld Ospina, en *La gringa*, intentó crear novela nacional y mostró nuevos derroteros que luego siguió su compatriota Flavio Herrera. Este último, a pesar de no hacer novela de protesta como la de Gallegos o Icaza, logró aclimatar el criollismo en novelas bien logradas como *El tigre* y *Caos*, obras en que se destaca su afán de experimentar y de estudiar el mundo interior de los personajes.

VI. *Miguel Angel Asturias: realidad y fantasía*, págs. 195-242. — El título de esta sección indica la dualidad que caracteriza el arte no-

velístico de Miguel Angel Asturias que es, al decir del profesor Menton, "uno de los autores más originales de América" (pág. 240). Sea esto cierto o no, las 47 páginas que le concede en su estudio son una prueba de la admiración que el catedrático norteamericano siente por el estilista guatemalteco. Entre las cinco novelas de este autor, tres son anti-imperialistas, y dos de protesta: *El señor presidente* y *Los hombres del maíz*. A la primera le dedica un completísimo análisis del cual sale la obra bien librada y con el honor de ser una de las mejores novelas que tratan el tema de las dictaduras en Hispanoamérica. A la segunda la halla inferior por falta de unidad y por el predominio que tiene la fantasía sobre la realidad de la trama. Aparece Asturias como un escritor de vanguardia, muy dado a la experimentación, pero que sabe al mismo tiempo incorporar en sus libros los problemas sociales y humanos de su país.

VII. *Mario Monteforte Toledo y el arte de novelar*, págs. 243-276. — Aunque todavía ha de esperarse mucho de la pluma de este escritor, ya la crítica lo ha consagrado entre los mejores novelistas de Hispanoamérica. Sus cuatro novelas de importancia: *Anaité*, *Entre la piedra y la cruz* y *Una manera de morir*, sufren el escrutinio del profesor Menton que ve en ellas, y en su orden respectivo, cuatro fases básicas en la evolución de la novela latinoamericana: el criollismo, el nacionalismo, el estudio psicológico con experimentación estilística y el estudio filosófico de alcance universal. *Entre la piedra y la cruz*, una obra indigenista de tesis, y *Una manera de morir*, quizá el libro más representativo del autor, sobresalen entre las demás por su construcción y por el mensaje que encierran. La última señala el intento de alejarse del criollismo y de abordar temas de interés humano y de acción no restringida a un lugar particular. Esta actitud, como bien se sabe, es común a varios otros novelistas latinoamericanos contemporáneos.

VIII. *La novela guatemalteca entre 1930 y 1958: se completa el cuadro*, págs. 277-312. — Se agrupan en este capítulo escritores menos conocidos que publicaron sus libros entre 1930 y 1958 y que siguieron, como las grandes figuras, tendencias muy diversas. Abundan las novelas del tipo histórico millesco, como las de J. Fernando Juárez Muñoz; las costumbristas, como *La brama* de Alvaro Hugo Salguero, y las de protesta con elementos vanguardistas. El criollismo, que cuenta con numerosos representantes, termina su ciclo con las obras de dos hermanos: *La volanda*, de Arqueles Vela, y *Un personaje sin novela*, de su hermano David.

IX. *Conclusiones*, págs. 313-326. — Cierra su libro el profesor Menton señalando brevemente tres aspectos generales de la novela guatemalteca que unen los cabos sueltos de los capítulos anteriores: a) su proceso evolutivo; b) la influencia extranjera; c) los rasgos que le han dado un carácter propio. En cuanto al primer aspecto, no

hay mayor divergencia entre el desarrollo de la novela en Guatemala y el de los otros países latinoamericanos. Las influencias extranjeras son diversas, pero descuellan la española y la francesa; esta última particularmente a partir de Zola. El tercer aspecto caracteriza la novela guatemalteca en sus rasgos esenciales; entre ellos: el afán de experimentar, la confusión de géneros presente en muchas obras, el interés lingüístico, el gusto por los temas históricos, y la tendencia hacia la introspección.

Saliéndonos del comentario sobre el alcance crítico de la obra, debemos añadir que el trabajo editorial de la *Historia crítica de la novela guatemalteca* es pulcro y cuidadoso. El volumen contiene además una *Bibliografía* (págs. 327-332), bastante completa, varios índices y excelentes fotografías de los novelistas.

No hay duda de que el libro del profesor Menton será fuente de consulta obligatoria para los interesados en la literatura hispanoamericana. Su labor llena un vacío que ya se hacía sentir en el panorama de las letras de América y prueba, convincentemente, que Guatemala posee una novela de indiscutible valor y grandes posibilidades.

HÉCTOR H. ORJUELA.

University of Southern California.